

Lema: CORDOBA FERNANDEZ

BALADA SENTIMENTAL BAJO LA LLUVIA

Porque está lloviendo sobre las campanas
te he sentido, padre, más cerca que nunca.
La sublime pereza de los caminos viejos
hoy golpea la tumba que te envuelve
como espasmo siniestro, lejos de las montañas
donde ibas rumiando la oblación de la piedra,
más lejos todavía del viento, de este otoño
que deja al descubierto los nidos de los pájaros.
Ayer eran dos manos en los surcos
atentas a su origen,
dos manos minerales organizando el campo,
el hábito de la lejanía,
un tránsito de viejas enlutadas
como alguien de otro tiempo, la piel de las muchachas
coronando un silencio de bisutería,
las águilas que hienden sus garras
en la luz del relámpago, pero los años fueron pasando
como un galope de caballos que se amontonan
y las puertas de la vida se cerraron
delante de tu paso como una carcajada.
Nadie verá dos veces su camisa nueva

yo convoco tu cuerpo como amor que se tuerce,
las piadosas hermanas, la tristeza del mundo
concentrada de pronto en tus pupilas,
este campo sombrío donde entornan los buhos
sus ojos de ruleta. Yo convoco
olivos que salpican de pájaros el rostro
del firmamento, piedras como altares
simétricos, la luz alcoholizada
de esta tierra manchada de cansancio legítimo,
de todo lo que es bello y se rompe para siempre.

Los muertos, padre mío, son rosas incendiadas
en horizontes fúnebres, beso o golpe de luto
que alienta la anarquía de la madera estática.
¿Te prohíben las horas, te cercan tercamente
debajo de la vida como estrofa pisada?

Ya no veré tus manos que agitaban la tierra,
tu corazón de lámpara encendida,
aquel hondo desfile de precrucificados
camino de los surcos, del sol de cada día.
No hay solución, buen padre, no hay cobijo.
Los muertos son de Dios pero no tienen patria.

Ya derraman dos tórtolas la escarcha del lentisco
y los montes son pómulos de tu rostro yacente.
Ya besas el prodigio con labios principales
mientras flotas lejano, detrás de toda historia,
allá donde los sueños de un poeta
se salen de la tierra.

Ya los tristes vencejos, goterones
de su noche flotante, levantaron el vuelo
sobre esta lluvia lenta que se duerme
como una música en tu corazón.

Ya el río es una larga manera de llorar, un holocausto

de lágrimas cansadas en infinita noche.

el salso de la duda, la sandalia

Te quiero, padre mío, aunque sé que los muertos
son rumiante de sombra en su eterna cabaña.

Mira las piedras, padre, más reales *radio*

que nosotros, mis labios como escorpiones fríos

maldiciendo del hombre que come pan de osario, *os,*

abiertos a tu cuerpo tristísimo que engulle

profundidad de escoria. Te quiero intensamente

mientras pienso en el cura que vino a nuestra casa,

mariposa feudal, cuando aquellas mujeres

aupaban remolinos alrededor de un féretro

y era Dios quien dudaba de tu fotografía.

¿Dónde estará tu vida derramada

en sucesión monótona de gestos?

¿Dónde aquellas chicharras que marcaron

el paso del estío? Hoy rezuma ceniza

el sol que maduraba nuestros rostros,

melodías augustas

bajo una eternidad que no comprendo,

los labios que arrugaron un silencio de flores.

¡Qué pena, padre mío, qué vano nuestro esfuerzo!

Aunque hayas sido impulso

de entrega, una corriente fecundando los astros,

ni un solo pájaro bajará de su nido

para darte las gracias.

Porque está lloviendo sobre las campanas

te he sentido, padre, más cerca que nunca.

Hoy sé que caminamos de espaldas al murmullo

y todo se concreta para que amemos lo terrible:

el gato que retiene la noche en las terrazas,
el salmo de la duda, la sandalia
de aquel que un día se levanta malhumorado
y nos echa a patadas de la vida.
Pero eres, padre mío, esa sombra que nadie
ha podido enterrar. Por eso, mientras llueve,
mientras borra el diluvio la invasión de tus pasos,
yo iré a buscarle otro mensaje al viento
con el alma desnuda.

El autor de este libro, que no creo, luego lo comuniquen a
María Terán Benavides - Domingo de Lara, 15. Montoro (Córdoba) -
con quien no perdería contacto.

que dejó al desmoronarse los nidos de los pájaros.
Ayer eran dos manos en los surcos
atentas a su origen, hoy
dos manos mineras organizando el trabajo,
el hábito de la legaña,
un tránsito de viejas enlutadas
como alguien de otro tiempo, la piel de las muchachas
coronando un silencio de historia,
las agujas que hunden sus garras
en la luz del relámpago, pero los años fueron pasando
como un galope de caballos que se amontonan
y las puertas de la vida se cerraron
delante de tu paso como una pared.
Hoy eres dos veces en cambio nuevo